

## A LA LETRA

# LA DUEÑA DEL HOTEL POE

**BÁRBARA JACOBS** Lo cuento a la carrera. Me sucedió ayer. Qué gusto me dio. Dictaminé a favor de una pequeña novela y el editor de la If Press aceptó publicarla. No quiso revelarme la identidad del autor, ¿o él tampoco la conocía?, pero se descuidó y vi la dirección en el sobre que le estaba dirigiendo, así que, como joven tras un cantante o deportista o actor de cine, corrí a tomar un taxi y me apersoné tal cual en el número 8 de la calle Edgar Allan Poe, para por lo menos *ver si veía* a quien fuera que se hubiera escondido tras el pseudónimo Ada Donada, autor o autora de lo que supongo que es una sátira, sesenta y tantas cuartillas tituladas *'Tis pity que sea puta*, cuya publicación recomendé con más entusiasmo que otra cosa, porque no soy ninguna crítica y en mis juicios, ¡a mi edad!, me guío más que nada por la intuición.

Las señas correspondían al Hotel Poe, un viejo hotelito en Polanco en el que yo ya había reparado y con el que incluso fantaseaba como posibilidad si por cualquier razón tuviera que hospedarme fuera de mi casa en esta ciudad de México donde vivo. Con una desenvoltura que, tímida o discreta que soy, a mí misma me desconcertó, me acerqué al mostrador y pregunté por Ada Donada. Una vez ahí y al verme en ésas, crucé los dedos para que Ada Donada se tratara de una mujer. La sola idea de oírme preguntar por un hombre en un hotel, aparte de sonrojarme, resultaba impensable en mí. A pesar de los tiempos y del feminismo y todo, yo todavía reacciono como niña bien o hija de familia o señora distinguida o como sea que buenamente se me quiera definir, pero mujer *de las de antes*. El empleado, que espero no haya notado mi turbación, serio me informó que no encontraba registrado a este huésped, y me aseguró que tampoco nadie del personal se llamaba así. Como yo estaba segura de que, si no el nombre, la dirección era la correcta, insistí, y le confié en voz baja, como queriendo hacerlo mi cómplice, que a quien buscaba era a un escritor, con candor sondeé si tal vez, aunque bajo otro nombre, se hospedaba ahí alguien con aspecto de escritor.

—De lentes, despeinado, que se le asomara un libro del bolsillo, o un periódico mal doblado, o al que la prensa lo hubiera llegado a

entrevistar, en fin, que escribiera hasta sobre la servilleta, que pareciera loquito, o de perdido poeta.

—¡Ah! —exclamó sonriente, incluso casi riendo—. Un escritor, no. Pero sí una escritora. La señora Equis Ye es escritora. Pero no es en lo mínimo como usted la describe, ni tampoco es precisamente *huésped* de nosotros. ¡Es la dueña del hotel! Vive en el *penthouse*.

La información me hizo poner los pies en la tierra. Si Ada Donada era nada menos que la XY que el empleado acababa de nombrar, más me valía darme la vuelta y desaparecer por lo menos del hotel pero para siempre. Qué papelón haría yo si XY se enteraba de que la había ido a buscar. ¿Y cómo justificar que la busqué bajo su pseudónimo? Bueno, si era ella, para empezar, ¿por qué había firmado un libro con pseudónimo? ¡La conozco de toda la vida! Mi entusiasmo desbordado y mi falta de experiencia habían puesto en juego mi papel de lectora de la If Press, que es similar al de jurado. ¡Cómo que yo, también escritora y, aunque menor que ella y ciertamente menos conocida, la buscara sin motivo! No revelo aquí su identidad porque podría molestarse si leyera esta crónica que escribo sin su autorización. Estaba por agradecer al empleado incluso su indiscreción y darme la vuelta cuando, como en una película, se abrió la puerta del ascensor y apareció XY en el lobby, frente a mí; ya dije que el Hotel Poe es pequeño, aparte, a esas horas, o no sé por qué, pero no había nadie más que hubiera

podido por lo menos obstaculizar que nuestras miradas se cruzaran.

Me adelanté a saludarla, quería evitar que el empleado del mostrador me delatara. Sorprendida de verme, fue natural que XY me preguntara qué estaba yo haciendo ahí. Si de por sí tartamudeo, en esas condiciones vacilé todavía más al contestarle. Musité cualquier cosa, no sé, que no estaba haciendo nada, qué sé yo qué, me faltó inventiva, quedé como boba. Ella sonrió, me temo que comprendiendo más de lo que yo hubiera querido que comprendiera, y me invitó a acompañarla si no tenía nada mejor que hacer, a esas horas acostumbraba caminar. Así que entrelazamos los brazos como grandes amigas y dimos un buen paseo alrededor del hotel.

Dije que la conozco de toda la vida, y ¡cómo no! Contando escritores, XY es una de las escritoras más reconocidas del país, la leí desde mis épocas de estudiante. A lo largo de los años, nos hemos encontrado en reuniones sociales y presentaciones de libros, y hemos coincidido en encuentros de escritores en la República y en el extranjero. Pero no hemos tenido mayor familiaridad. Yo soy demasiado huraña, y mi trato con la gente es más bien reservado, incluso con mis amigos. Me llevo mejor con ellos por carta que en persona. Así que es fácil imaginar lo incómoda que me sentía paseando del brazo con XY, a quien le va tan bien que incluso compró y remodeló el Hotel Poe. Me reprendía a mí misma. ¿Por qué había sido incapaz

de controlar mi impulso de ir en busca del autor de un libro sólo porque el libro me había gustado? ¡Había volado hacia una ilusión, ni siquiera sabía si Ada Donada era hombre o mujer!

Ya que estaba con ella, y en esa insólita situación, me ordené hacer a un lado mis cavilaciones personales y tratar de fijarme bien en XY, una de esas personas a las que yo suelo suponer altas, imponentes, aun cuando sean incluso frágiles y de mi propia estatura, fijarme en lo que ella observara, en cómo se condujera, ¡podría contarlo!, pero sobre todo con la esperanza de que me hablara de *'Tis pity que sea puta*. Frotaba mi anillo de oro para que el deseo se me cumpliera. O de qué otra manera inducirlo.

Caminando a su lado por Polanco, relajándome, pensaba que si cuando leí el libro me hubiera detenido un poco, me habría dado cuenta de que *'Tis pity que sea puta* tenía que haber sido escrito por XY y nadie más; si en vez de guiarme por la intuición, como una tonta, hubiera sido racional, podría haber deducido sola quién era Ada Donada en realidad. ¿Por qué habría firmado su divertidísima sátira con pseudónimo?

En éstas estábamos cuando XY de pronto dio una especie de aplauso, incluso dio un brinquito, y con espontaneidad exclamó que estaba feliz, que había entregado un libro al editor y que él acababa de citarla para firmar el contrato.

Yo también aplaudí.